



Ilustración de Patricia Ayala García.

Los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México: reflexiones sobre su origen

Men's studies in Mexico. Reflections on its origins

*Guillermo Núñez Noriega**

Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C. (CIAD)

Resumen

Presentamos los resultados de una investigación documental que tuvo como objetivo conocer la manera en que se ha reflexionado sobre el origen de los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México. Para lo cual se utilizó el método de análisis del discurso. Se concluye que existen condicionantes distales y proximales que crearon las posibilidades sociales y cognitivas para el surgimiento de estos estudios. Se propone que es el horizonte cultural de la modernidad el que crea las condiciones para el surgimiento de un discurso sobre el hombre mexicano y su masculinidad.

Palabras clave

Estudios de género, estudios de las masculinidades, sociología del conocimiento.

Abstract

We present the results of a documentary research which aimed to know the discourse regarding the origin of gender studies of men and the masculinities in Mexico. The method used was discourse analysis. It is concluded that there are distal and close conditions which triggered the cognitive and social possibilities for the emergence of these studies. It is proposed that the modern cultural horizon, is the one that creates the conditions to produce a discourse on Mexican men and their masculinity.

Keywords

Gender studies, masculinity studies, sociology of knowledge.

* Agradezco el apoyo técnico otorgado por Andrea Zatarain Olivas, estudiante de sociología, en la realización de este artículo.

Introducción

En este artículo abordo el tema de los orígenes de una producción académica que conforma lo que prefiero llamar por elección epistemológica y teórica “los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México”; estudios que, como he argumentado en otra ocasión (Núñez, 2010) conforman un sub-campo de los estudios de género en nuestro país, del que participan también los estudios feministas y los estudios sobre la condición lésbico, gay, bisexual, transgénero, transexual e intersexual o LGBTTI.

Desde mi análisis de esta producción académica (Núñez, 2015), los estudios de género de los hombres y las masculinidades inician formalmente en 1990, con la publicación del capítulo de Teresita de Barbieri, “Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erosiones del machismo en México”, en el libro *Normas y prácticas morales cívicas en la vida cotidiana*, coordinado por Juan Manuel Ramírez Sáiz. Según mi investigación, desde ese año y hasta 2014, se publicaron 555 títulos, entre capítulos, libros, artículos de investigación, tesis y cuadernos de trabajo. Se trata de un sub-campo que tiene tras de sí, sin embargo, una historia discursiva a la que diversos autores han hecho alusión bajo términos como “antecedentes” o “influencias”.¹

Para este artículo hemos consultado el total de la producción que hemos podido encontrar sobre los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México (555 títulos) y hemos analizado el discurso que se ha construido sobre los antecedentes de estos estudios. Nos parece que es importante tomar en serio este discurso pues trazan, a veces de manera tácita, a veces de manera explícita, una forma de compren-

¹ Por razones de espacio y por no ser el propósito de este artículo no abordaré los detalles de esta investigación, ni las características de esta producción. Los resultados de dicha investigación están en proceso de publicación, pero la metodología y los resultados se presentaron en el marco del Congreso de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres, A.C., realizado en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, campus Centro Histórico, en septiembre de 2015. El periodo de 1990-2014 obedece a que considero que antes de 1990 no había propiamente estudios de género de los hombres y las masculinidades como actualmente los conocemos y porque al momento de la realización del estudio no concluía el año 2015.

der los orígenes y la articulación misma de este sub-campo de estudios. Lo que presentamos son los resultados de esta investigación documental, así como análisis y reflexiones que tienen como objetivo trazar una tesis comprensiva sobre los elementos que intervienen en el surgimiento de un campo disciplinario que tiene como objeto de discurso (Foucault, 1969) a los hombres y las masculinidades, vistos desde el planteo teórico de género.

Me parece que los resultados de esta investigación nos permiten entender la diversidad de preocupaciones, temas, demandas que alimentan el surgimiento de un sub-campo de estudios, y creemos, delimitan algunas de sus características; asimismo, nos permiten mostrar que en México existe una historia sociocultural y cognitiva que ha creado las condiciones de posibilidad y de necesidad de estos estudios.

La propuesta teórica que estructura este estudio es, por un lado, el planteamiento de Michel Foucault, particularmente en su libro *L'archéologie du savoir* (1969), sobre la manera en que los discursos de las disciplinas modernas suponen la aparición de determinados “objetos de discursos”, en una red compleja y dispersa de enunciaciones, que constituyen el horizonte de positividad del discurso. Asimismo, el planteamiento de Pierre Bourdieu en su libro *La science de la science et la réflexivité* (2001), quien argumenta la necesidad de estudiar las condiciones sociales y cognitivas (o socio-cognitivas) que hacen posible e informan el trabajo académico (la producción de conocimientos), a partir de la formación de campos, *habitus* y prácticas académicas específicas.

El discurso, dice Michel Foucault, “tiene sus reglas de aparición, pero también sus condiciones de apropiación y empleo” (1969: 12). Para Foucault, el discurso es una red de enunciaciones que se articulan y articulan (construyen) objetos de discursos. Es por eso que los enunciados son el corazón de su análisis, el cual tiene como objetivo: “la ley de existencia de los enunciados, de lo que los ha hecho posibles —a ellos y a ningún otro en su lugar—; las condiciones de su emergencia singular; su correlación con otros acontecimientos anteriores y simultáneos, discursivos o no” (Foucault, 1968: 72, citado por Minello, 1999: 95). El método de la arqueología del saber “sería esta empresa que trataría de entregar,

en el fondo de los saberes, lo que los hace posible, o todavía más la nervadura secreta que ordena su construcción” (Gros, 1996: 38). Su objetivo es dar cuenta de eso que informa la constitución de los saberes: “imponiendo a los objetos del saber un modo de ser determinado, a los sujetos del saber modos de posicionamiento precisos, a los conceptos modos de distribución ordenados” (Gros, 1996: 38).

Parto de entender que a lo largo de la historia ha ido emergiendo un discurso sobre los hombres y las masculinidades en México, hasta la constitución actual del mismo como objeto de discurso dentro del campo de saber llamado “estudios de género”; asimismo, planteo como objetivo de este artículo acercarme a conocer la emergencia de este objeto de discurso, a través de la manera en que diversos autores han reflexionado sobre los orígenes de estos estudios. Me parece que en los pliegues de sus enunciaciones es posible vislumbrar elementos para entender esa nervadura que da cuenta de los modos de ser determinado de ese objeto de saber que llamamos “los hombres y las masculinidades” en México, así como modos de hablar de ese objeto discursivo y sujetos de enunciación. Entiendo que este ejercicio no se agota con este artículo, y que quedará mucho por investigar y decir al respecto, más allá de los discursos académicos explícitos, y estudiando otros campos de producción discursiva como la producción cultural. Campos que, como veremos, también son considerados por los autores que han escrito sobre los orígenes de este sub-campo de estudios.

La delimitación de “los hombres” y “la masculinidad” como objeto de discurso: las condiciones distales²

El análisis de los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México ha incluido, de mi parte, la atención a la manera en que diversos autores entienden los orígenes y antecedentes de dicha producción académica. Considero que la reflexión sobre el origen de los estudios

² A lo largo del artículo menciono condiciones distales y proximales que contribuyeron a la emergencia de los hombres y las masculinidades como objeto de discurso, con ello me refiero a condiciones distantes o cercanas en el tiempo a la primera producción de este sub-campo de estudios.

de género de los hombres y las masculinidades, salvo las referencias que aquí abordaré, se ha caracterizado por ser: 1) escasa y decreciente, pues pocos autores han tocado el tema y cada vez menos lo hacen, 2) general y poco original, pues suelen referirse a sus orígenes en Europa y Norteamérica, en los años setenta y el impacto del movimiento feminista, algo que otros autores europeos ya habían dicho con anterioridad, 3) marginal, pues suele limitarse a unos cuantos párrafos o a notas de pie de página y, finalmente, 4) presentista, pues se refieren a condiciones y eventos concretos del momento, sin referencias a una historia intelectual previa. En conclusión, carecemos de una investigación orientada a entender la manera en que van emergiendo en el horizonte discursivo de nuestro país reflexiones sobre “los hombres” y lo “masculino” como objeto de discurso (Foucault, 1969) desde una perspectiva de género. Ahora bien, que no exista un estudio de estas características no significa que no se hayan producido reflexiones e hipótesis interesantes y valiosas, que en conjunto apuntan a la existencia de una historia sociocultural (aquí incluyo la académica) que fue creando las condiciones para que desde los años noventa del siglo XX, el colectivo académico mexicano (y algunos extranjeros incorporados al mismo) analice desde una perspectiva de género y de manera institucional y sistemática, la condición de los varones y las masculinidades. De hecho hay algunas aportaciones muy valiosas de autores importantes en este sub-campo que analizaré en el presente artículo. A partir de este análisis, realizo un planteamiento comprensivo, que como hipótesis pongo a su consideración.

“El macho mexicano” y “el interés por el hombre”

Aunque muchas otras personas previamente habían hecho referencia a las reflexiones sobre “el mexicano” o “el hombre mexicano” en general, que hicieran Samuel Ramos y Octavio Paz, encuentro en Matthew Gutmann el primer intento de incorporar dicha discusión al estado del arte del emergente campo de estudios. En su libro *The meaning of macho. Being a man in Mexico City*, publicado en 1996 en inglés y publicado en español cuatro años después en el año 2000, Gutmann nos habla del estereotipo del (macho) “mexicano” creado por Ramos y Paz, como un

obstáculo para acercarse a la comprensión que él ha adquirido a través de la investigación etnográfica: que los hombres en México son diversos, incluso los hombres de clase obrera y colonias populares que él analiza, aunque algunos parezcan reproducir elementos de ese estereotipo.

La labor intelectual de Gutmann de marcar su distancia con respecto a esa producción ensayística se encuentra en gran medida vinculada, si no que a veces subordinada, a una preocupación que tiene un papel importante en su obra: desentrañar los usos y abusos del concepto “macho” y “machismo” y su importancia o no para el estudio de las formas de ser hombre en México. A lo largo del libro y de otros textos, Gutmann alega el carácter “reciente” (aunque no especifica una fecha) del término “machismo” o “macho” en México, América Latina y Estados Unidos, particularmente en sus significados actuales, así como su uso indiscriminado para caracterizar a los varones mexicanos y latinoamericanos. Incluso tiene el acierto de identificar cómo los estereotipos producidos por los intelectuales se incorporaron al patrimonio nacional a través de un discurso popular, contradictorio dice el autor, de la mexicanidad.

Ahora bien, me parece que Gutmann hace la importante contribución de identificar el papel del discurso de Ramos y Paz y su papel en la producción de un “estereotipo” del hombre mexicano, pero no alcanza a ver o no parece creer que esta producción es un antecedente intelectual y discursivo para pensar a los hombres desde una perspectiva de género. Incluso niega, a mi juicio equivocadamente, que el concepto “macho” haya sido utilizado por Ramos (Gutmann, 2000: 321), aunque admite que “en su obra la relación entre lo mexicano y la hombría (como quiera que se defina) era sorprendente” (Gutmann, 2000: 321). Dicho de otra manera, Gutmann tiene el acierto de reconocer en la obra de Ramos y Paz, e incluso Rulfo (a quien también menciona sugiriendo una línea de investigación con relación a la importancia de la producción cultural de este objeto de discurso, pero cuya inclusión no justifica plenamente) la producción de un “estereotipo” de la mexicanidad y del hombre mexicano, con el cual los nuevos estudios de género de los hombres y las masculinidades están obligados a saldar cuentas, pero no les concede la esta-

tura de antecedentes intelectuales para dichos estudios, que parecerían, con él y su obra, entrar en una fase completamente nueva.³

En un artículo publicado doce años después, Óscar Misael Hernández (2008) parece compartir esta visión sobre Ramos, Paz y Rulfo con relación a los estudios de género de los hombres, al señalar que las aportaciones etnográficas sobre las masculinidades permiten “desmitificar la supuesta identidad masculina homogénea y nacional (“lo mexicano”) de los hombres mexicanos como machos, violentos, vulgares, etcétera”, trazados por dichos ensayistas, lista a la cual agrega a otro literato, pero ahora del siglo XIX, Manuel Payno, autor de novelas con tintes costumbristas como *Los bandidos de Río Frío*, *El fístol del diablo* o *El hombre de la situación*, inclusión que como la de Juan Rulfo por parte de Gutmann, no queda plenamente justificada, pero que resulta muy sugerente, pues como anteriormente Gutmann lo hace con Rulfo, abre las puertas para la inclusión de otras fuentes no filosóficas ni antropológicas, para el análisis del surgimiento de la reflexión sobre el “hombre mexicano”.

Por otro lado, Gutmann sí reconoce un vínculo intelectual para su investigación o “antecesor antropológico fundamental”, como él lo llama, con el trabajo de Oscar Lewis (menciona varias obras) aunque lamenta el uso inadecuado (y en esto coincidimos con Gutmann), estereotipante, que otros, como David Gilmore,⁴ le han dado a las aseveraciones de Lewis, quien es importante académicamente para Gutmann porque el primero allana el camino para pensar en lo que en algún momento llama “pobres machos” (Gutmann, 1995), así como en las configuraciones familiares en los contextos de pobreza urbana.

Otro mérito de Gutmann, sin lugar a dudas, es haber llamado nuestra atención sobre la producción antropológica norteamericana (como Lewis, Foster, Stevens, Fromm y muchos otros) y chicana (Paredes, Lomnitz-Adler, Baca, Mirandé) como antecedentes o referentes académicos importantes que han aportado a la construcción del discurso de

³ Esto último es en gran medida cierto, me parece, pues el trabajo de Gutmann, ni qué decir de su persona e interlocución con múltiples investigadoras e investigadores, tiene un papel importante en el desarrollo de estos estudios en México.

⁴ Se refiere al libro de David Gilmore: *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*.

género sobre los hombres y las masculinidades en México. Por otra parte, Matthew Gutmann y óscar Misael Hernández también refirieron a los estudios más contemporáneos de Rogelio Díaz-Guerrero y Santiago Ramírez, de finales de los años sesenta y setenta sobre “la psicología del mexicano”, como antecedentes para pensar a los hombres mexicanos, si bien reconocen en estos estudios una limitación por su visión homogeneizadora de los mismos.

Otro autor que escribe sobre los orígenes o que refiere antecedentes para los estudios de género de los hombres en México es el investigador Nelson Minello, en un artículo publicado en el 2002, seis años después que el de Gutmann y seis años antes que el de Hernández. En su artículo “Masculinidades/es: un concepto en construcción”, publicado en el año 2002, Minello pasa revista a la producción creciente sobre los varones en diversos países y regiones del mundo, tanto los de habla anglófona, “que llevan la delantera”, nos dice, como los francófonos (Francia y Canadá), los escandinavos, además de Sudáfrica, Japón y América Latina. En ese contexto de reflexión, el autor introduce una nota de pie de página en la que señala:

Como en otras regiones, en el ensayo, la literatura y, menos, en la investigación, el interés por el hombre estuvo presente desde antes. Quizás una característica que se comparte era la de pensar en una imagen de masculinidad, sin tener en cuenta clases o etnias, ni por supuesto, género. En México pueden citarse desde Fernández de Lizardi, 1961 [1812]; hasta Ramos 1986 [1934]; Garizurieta 1949 [1946]; Paz, 1972 [1950]; o Ramírez, 1977 [1973]; y en la novela, entre otros, Yáñez, 1993 [1947]; Rulfo, 1975 [1953]; Fuentes, 1962 [1952]; véanse revisiones críticas de esta creación del “hombre mexicano” en Bartra, 1996 [1987]; y Lomnitz-Adler, 1995. [...] La re-lectura de ensayo, novela, poesía, y la re-visión del cine en clave de masculinidad proporciona muchos indicadores para comprender los actuales modelos de “ser hombre” en nuestros países (Minello, 2002:13-14).

Me parece que la reflexión de Minello es importante porque le da una dimensión histórica a lo que llama “interés por el hombre” en nuestro país y porque nos avisa de la necesidad de ampliar nuestro rango de visión para rastrear ese interés en una amplia producción cultural que

incluye la literatura y el cine (el autor menciona además de Rulfo, ya citado por Gutmann nada menos que a Lizardi, un autor que publica una novela en 1812, a Carlos Fuentes y a Agustín Yáñez de mediados del siglo XX, así como a otro ensayista sobre “el mexicano”, César Garizurietta, así como una mención al cine). Esta importante sugerencia de Minello no se acompaña, desafortunadamente, de un planteo teórico para entender esta producción (o “interés en el hombre”, como él lo llama) y su inclusión como antecedentes de los estudios actuales, ni tampoco analiza en éste u otros documentos dicha producción (análisis que sí encontramos en Gutmann, vale la pena aclarar). Cabe mencionar también que Minello entiende al parecer que la influencia de estos trabajos que cita son en dos sentidos: por un lado abonan a una reflexión sobre los hombres (aunque no desde su condición genérica) y por otro lado participan en la creación de modelos de ser hombre. Se trata de una influencia que tampoco es estudiada o aclarada, pero que resulta provocadora.

Las enunciaciones sobre “el macho mexicano” como antecedentes de “el varón como factor de riesgo”

Ahora bien, según mi análisis, Eloy Rivas en un texto titulado “¿La masculinidad como factor de riesgo? Crítica de los estereotipos académicos sobre el machismo desde el construccionismo social” (Rivas, 2006), nos ofrece una posibilidad diferente de entender el vínculo entre esta literatura previa de lo mexicano y los estudios de género de los hombres y las masculinidades actuales. Rivas señala que:

La reflexión intelectual sobre las formas de ser hombre y su relación con la temeridad, así como con las conductas opresivas y violentas a las que éstas predisponen, tienen en nuestro país una tradición que precede a los estudios de las masculinidades que emergieron durante la década de los años noventa como producto del movimiento feminista y los estudios de género (2006: 244).

Rivas ubica los inicios de esta tradición en el periodo del México post-revolucionario y plantea, apoyándose en otro estudioso, Stern (1995), que estas reflexiones intelectuales fueron:

Estimuladas por la necesidad de comprender el papel que jugó “la psicología del mexicano” en la configuración del cataclismo de rabia y sangre acontecido durante la etapa revolucionaria, en el marco de un diálogo derivado de la construcción de un nuevo Estado y de la búsqueda de sentido a una identidad nacional (Rivas 2006: 244).

A decir de Rivas, esta reflexión intelectual sobre las formas de ser hombre en México, que inicia Samuel Ramos en su libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicado en 1934 y que continúa Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950), “construyen un estereotipo del macho mexicano”, que incluye comportamientos como las riñas, el alcoholismo, la irresponsabilidad, la indisciplina, la violencia, que luego serán englobadas bajo el término “machismo”. Ahora bien, lo que sigue en el argumento de Rivas, me parece lo más destacable: a decir de Rivas, con el investigador mexicano Benno de Keijzer y su artículo “El varón como factor de riesgo: Masculinidad, salud mental y salud reproductiva” (1998), quien a su vez parte del planteo teórico de Michael Kaufman (un pionero de los estudios de género de los hombres) sobre la tríada de la violencia masculina (los hombres como un riesgo para las mujeres, los niños y las niñas y otros hombres), se inaugura otra manera de explicar preocupaciones ya presentes en Ramos y Paz sobre el comportamiento violento, temerario y alcohólico de los hombres mexicanos.

El mérito de las reflexiones de Eloy Rivas, a mi juicio, amén de no considerar otros trabajos de Benno de Keijzer previos al que menciona, no consisten en referir la producción de Ramos y Paz sobre el hombre mexicano (algo que ya había hecho Gutmann y otros, como he mencionado anteriormente), sino en incluirlas como parte de una producción intelectual que heredamos en los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México, esto es, un discurso que nos llega del pasado como horizonte ideológico, con sus ontologías y epistemes, y que de alguna manera condiciona una de las preocupaciones iniciales de esta producción, y que en la obra de Benno de Keijzer encuentra continuidad temática. O dicho de otra manera, me parece que lo que Rivas insinúa es que en el artículo de Keijzer asistimos a la confluencia entre la tradición de reflexión sobre el machismo y el hombre mexicano, y el nuevo

abordaje teórico-metodológico que traen consigo los estudios de género de los hombres y las masculinidades (representado por la cita del trabajo de Kaufman). Vale la pena señalar que en la obra de Benno de Keijzer no se hace explícita esta conexión, pero sí en la propia investigación de Rivas sobre masculinidad, riesgo y mortalidad en un pueblo de la región serrana de Sonora.

Esta exploración sobre cómo autores destacados de este sub-campo de estudios como Gutmann, Hernández, Minello y Rivas han abordado el tema de los orígenes y antecedentes de los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México, me parece que nos invita a pensar el tema con más amplitud y sobre todo a tratar de explorar a través de la investigación, cómo se van construyendo en el proceso socio-histórico nacional las condiciones socio-cognitivas para pensar en los hombres y las masculinidades desde una perspectiva de género. Esto es importante porque quedarnos en la explicación de que estos estudios iniciaron en Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia, no nos permite entender por qué y cómo se establecieron aquí. Después de todo, muchos temas académicos se han iniciado en otras partes y no repercuten en la formación de campos académicos en nuestro país. Dicho de otra manera y usando el marco teórico foucaultiano: es necesario dar cuenta de la aparición de los hombres y las masculinidades (u otros conceptos afines), como objetos de discursos, esto es, como objetos en una red de enunciaci-ones que históricamente se van articulando y les dan vida, inaugurando con ellos un nuevo horizonte de positividad discursiva (Foucault, 1969).

La reflexión sobre las influencias proximales: el impacto del feminismo y los estudios de género de los hombres y las masculinidades

Ahora bien, la reflexión sobre los orígenes y antecedentes no se limita a alusiones al siglo XIX o la primera mitad del siglo XX, algunos autores y algunas autoras contextualizan los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México haciendo referencia a acontecimientos más cercanos en el tiempo. Daniel Cazés, por ejemplo, reseña en uno de

sus primeros artículos el peso que tuvo el movimiento feminista en la organización de los primeros talleres con hombres y en el nacimiento del laboratorio de exploración de las masculinidades, también reconoce influencias externas como el Movement de Liberation des Hommes de Paris, (Cazés, 2002). Podría decir que la referencia al movimiento feminista internacional y nacional es constante en las y los autores que tratan de enmarcar el origen y desarrollo de nuestros estudios. Y tienen razón, sin embargo, salvo por las alusiones personales como las de Cazés, la explicación concreta de cómo se da ese vínculo no se nos ofrece muy a menudo, o a veces se da por entendida.

Además de Cazés, tres colegas que sí abordan con cierta amplitud este vínculo son María Lucero Jiménez (2003), Laura Collin Harguindeguy (2007) y Ana Amuchástegui (2001). Lucero Jiménez en un artículo del 2003 titulado “Masculinidad/es desde el enfoque de género. Su construcción social y sus transformaciones”, señala una perspectiva interesante para entender el vínculo entre feminismo y los estudios de género de los hombres y las masculinidades. De acuerdo a la autora:

[L]as pensadoras feministas han comprobado que trabajar solamente con mujeres para tratar de resolver los problemas de inequidad de género, incluyendo los de la esfera reproductiva y sexual, es insuficiente [...] Así se comenzó a replantear el lugar que tienen los varones en estos procesos. También se ha avanzado en el estudio de los modelos a partir de los cuáles los hombres aprenden a definirse como tales (Jiménez, 2003: 65).

Lo que nos propone Jiménez es que el interés feminista, a la vez académico y político, es el que explica el surgimiento de estos estudios, así como la continuidad temática y conceptual.

Me parece que lo dicho por Jiménez si bien no explica el origen en su conjunto de todos los estudios, sí da cuenta de una veta importante de ellos y, sobre todo, de las razones por las que muchas mujeres feministas y no pocos hombres participan en este sub-campo académico. Jiménez además nos alerta de no caer ni en las visiones que satanizan al varón, ni en las que lo victimizan, y nos sugiere que consideremos a la masculinidad como lo hace Connell, “como un sistema de diferencias

simbólicas donde el lugar de lo “masculino” y de lo “femenino” sean contrastados de manera permanente” (Jiménez 2003: 66).

Esta perspectiva relacional que enfatiza la autora parece estar presente en otro elemento que ayuda también a entender la preocupación social, que suponemos se traduce en la aparición de investigación sobre la masculinidad y que como ella dice, a menudo se expresa en el concepto de “crisis de la masculinidad”. La autora sugiere que dicha crisis (y por lo tanto, dicho interés por explicarla, supongo yo) es producto reciente de una serie de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que han repercutido en la vida cotidiana de las familias en general y de los sujetos en particular, tanto hombres como mujeres, pero que en el caso de los hombres se viene expresando en el hecho de que a muchos hombres no les queda claro cómo deben de relacionarse en pareja y ejercer la paternidad (Jiménez, 2003: 69). Entre esas transformaciones destaca la conquista de las mujeres de su derecho a votar, la aparición de la píldora anticonceptiva y la posibilidad de regular su fecundidad, el creciente protagonismo de las mujeres tanto en la esfera educativa como laboral, así como el impacto del movimiento feminista como tal. Vale la pena mencionar que aunque Jiménez no señala una fecha concreta, en el caso de México estas condiciones sociales y cognitivas que menciona se presentan desde los años cincuenta, sesenta y setenta.

Laura Collin Harguindeguy en un artículo de 2007, entiende los estudios de género de los hombres de una manera parecida a Jiménez, esto es, como consecuencia de los estudios feministas:

“[...] al posicionar a lo femenino como objeto de discusión, arrastró a su contrario lo masculino, como objeto de discusión” y cita a otra colega, Patricia Ponce, quien señala: “Una vez cuestionada la condición de las mujeres, problematizar sobre la construcción de las masculinidades era sólo cuestión de tiempo” (Ponce, 2004:7 en Collin, 2007: 206).

Pero además de esta explicación, la autora encuentra otro elemento explicativo para entender el origen y desarrollo de estos estudios:

Si los estudios sobre masculinidad derivaron de los feministas, hoy un nuevo factor los posiciona como actuales. En el contexto neoliberal, que genera como una más de sus vertientes excluyentes [...], el desempleo y sobre todo el masculino, aparece como un problema endémico [...], cuestionando el rol de proveedor principal de los varones [...] conduciendo a redefiniciones en las distribuciones de tareas al interior del grupo doméstico, que ponen sobre el tapete la discusión de las adscripciones de género y la discusión en torno a las masculinidades (Collin, 2007: 211).

La referencia al desempleo y su vínculo con el contexto neoliberal, nos sitúan en un momento muy cercano al surgimiento de estos estudios en México: las décadas de los ochenta y noventa.

Me parece que los argumentos de Jiménez y Harguindeguy enriquecen nuestra comprensión al mostrar la influencia del feminismo en el surgimiento de los estudios de género de los hombres en dos sentidos: como tradición de reflexión y movimiento académico que posibilitó pensar en los hombres desde una perspectiva de género, y como movimiento político que impactó la vida de los varones y creó condiciones sociales para pensar en “la masculinidad” como “problema a investigar” y como “objeto de discurso”. Asimismo, ambas reconocen condiciones socioeconómicas que cambiaron la situación estructural del varón y la viabilidad de su rol tradicional como “únicos proveedores del hogar”.

Una vez reconocidas estas aportaciones, vale la pena mencionar que ambas autoras no reconocen en sus textos esa otra tradición reflexiva sobre el hombre que nombramos en párrafos anteriores, y a las que aluden Gutmann, Hernández, Minello y Rivas.

La ausencia de estos antecedentes en la discusión feminista ya había llamado la atención de otros autores. El filósofo Guillermo Hurtado al referirse a esta producción ensayística que confunde lo mexicano con los varones mexicanos, hace mención a la ausencia de esta discusión dentro del feminismo:

Vale la pena señalar que la filosofía de lo mexicano fue hecha por hombres acerca de hombres, nunca acerca de la visión femenina de la realidad mexicana. La personalidad descrita en los estudios de la filosofía de lo mexicano es siempre masculina. A la mujer se le ve como

una parte más del paisaje, como algo que está ahí de la misma manera que un animal o una planta. Me asombra que todavía no exista una crítica feminista a la filosofía de lo mexicano (Hurtado, 2007: 284).

Guillermo Hurtado tiene en parte razón, pero el problema no es tener una visión femenina, sino una visión de género de las y los mexicanos, en su diversidad de género, de etnicidad, de generación, de región, de clase, de orientación sexual, etcétera.

Por su parte, Ana Amuchástegui en su artículo multicitado “La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y trabajo sobre hombres y masculinidades en México”, del año 2001, después de enumerar las cinco fuentes fundamentales de las que surgen los “estudios de las masculinidades” en el mundo anglosajón, nos señala que para el caso de México: “nos queda la tarea de producir una historia más sistemática sobre el trabajo con hombres y las investigaciones sobre masculinidad” (Amuchástegui, 2001: 107). No obstante aventura tres elementos: 1) que “muchos activistas y académicos han incursionado en el campo a raíz de los conflictos y negociaciones que han realizado con sus compañeras feministas para la transformación de sus relaciones familiares y de pareja”, 2) (citando a Cazés) que:

[...] buena parte de este trabajo surgió también como respuesta a las demandas de grupos de mujeres, las cuales planteaban que para avanzar en la búsqueda de la equidad —principalmente en la erradicación de la violencia doméstica y el ejercicio de los derechos reproductivos de las mujeres—, era fundamental la transformación de la participación de los hombres en las relaciones de género (Amuchástegui, 2001: 107-108).

Y 3) que “en el área del activismo, y de acuerdo con una tradición más cercana a Latinoamérica —Freire y la educación popular—, estos procesos globales se han reflejado en la impartición de una gran cantidad de talleres sobre masculinidad” (Amuchástegui, 2001: 108).

Destacan pues en la reflexión de Amuchástegui aspectos más cercanos a los hacedores de la investigación, tanto en términos personales como en relación con su formación ideológica e intelectual. Sin duda, un

estudio socio-histórico de la formación de este campo académico tendría que recuperar también estos elementos socio-cognitivos, fuertemente vinculados a la formación del *habitus* y las prácticas académicas de los primeros involucrados en este campo desde la investigación o desde las intervenciones.

¿Y el movimiento homosexual y los estudios sobre diversidad sexual?

En este marco general de reflexiones sobre los orígenes de los estudios de género sobre los hombres y las masculinidades en México, uno tiene que escudriñar los documentos para mostrar que hay indicios de que alguien por ahí considera lo que debería de ser obvio y cosa sabida: que los estudios de género sobre los hombres y las masculinidades en México tienen otra fuente fundamental tanto en términos conceptuales como culturales en el más amplio sentido: el movimiento homosexual, la producción cultural y académica sobre la condición homosexual y el cuestionamiento de la homofobia.

A diferencia de lo que sucede con el feminismo, este tema se cue- la a veces, pero muy pocos lo hacemos explícito, como si se escatimara su reconocimiento. Gutmann, por ejemplo, en su extendida revisión de la producción académica contenida en el artículo “Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad”, publicada inicialmente en inglés en 1997 y al año siguiente en español en la revista *La Ventana*, menciona que en la década de los años noventa ha habido una explosión de trabajo sobre el machismo “y áreas relacionadas respecto al machismo” y cita, entre otros, trabajos que se refieren a la homosexualidad de los hombres: Carrier, Murray, Lumsden, Parker, Lancaster.

El problema con esa alusión no solamente consiste en que no reconoce con claridad que se trata de investigación sobre homosexualidad, así con todas sus letras, también en que no alcanza a visualizar que se trata de autores y temas que han sido trabajados desde la década de los setenta (y no desde los noventa) para el caso de México y que su contribución ha sido fundamental para la “desmitificación cognitiva y socio-cultural” del llamado “macho mexicano”.

En general, los demás autores que he mencionado líneas arriba no hacen referencias ni al movimiento homosexual ni a la producción académica y cultural *gay* como un componente importante en la definición de los hombres y lo masculino como objetos de discurso, incluso desde una perspectiva de género. Incluso Amuchástegui (2001), quien reconoce esta influencia para el caso anglosajón, no la menciona para el caso mexicano.

Dos excepciones a esta tendencia, sin lugar a dudas, lo constituyen los trabajos de Carlos Monsiváis (2004) y Guillermo Núñez Noriega (2001; 2010; 2011). Carlos Monsiváis, en un artículo que pretende dar cuenta de los cambios alrededor de la masculinidad en México (2004), incluye claramente las concepciones alrededor de la homosexualidad, la visibilidad de la población *gay* y la lucha contra la homofobia. Habría que agregar que Monsiváis contempla estos elementos en un contexto más amplio que incluye otros elementos: la secularización creciente del país, los procesos de modernización de las costumbres en general, y sexuales en particular, la influencia de los medios de comunicación y por esa vía, la cultura norteamericana, e incluso, la popularización de la información sobre sexualidad desde la década de los setenta (la aparición misma de la sexología en el discurso popular).

Por su parte, Guillermo Núñez Noriega en su artículo de 2001, “Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismo en México”, publicado en *Desacatos* 6, señaló que en los años setenta y ochenta antropólogos norteamericanos (Carrier, Taylor, Murray, Nelligan, Almaguer, Alonso y Koreck), además de abrir camino en la antropología de la homosexualidad y la bisexualidad en el mundo, hicieron aportaciones importantes en la comprensión de la sexualidad de los varones mexicanos y sus vínculos con la masculinidad. De acuerdo a Núñez en éste y un artículo posterior (2010), la aportación de estos investigadores norteamericanos sobre la homosexualidad en México fue mostrar que la sexualidad de los varones mexicanos incluía deseos y prácticas homosexuales de forma confluyente o no con los deseos y prácticas heterosexuales, en un grado nunca antes mencionado. Esta investigación incluso propuso la existencia de un modelo sexual propio, distinto al anglosajón, que construía la sexualidad de los hom-

bres mexicanos, y estructuraba las relaciones homoeróticas, como parte de un sistema sexual de origen mediterráneo. Se trata de un tema de gran importancia en la década de los noventa y el presente siglo a la luz de la epidemia del VIH-sida, que le dará contenido al concepto epidemiológico “HSH: Hombres que tienen sexo con otros hombres” en toda América Latina (Núñez, 2007).

Ahora bien, de acuerdo a autores como Monsiváis, Domínguez Ruvalcaba y Núñez Noriega, en México otros autores y textos ensayísticos de corte literario y científico sobre homosexualidad son relevantes para entender las condiciones socio-cognitivas que van preparando el camino académico y cultural para los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México. Carlos Monsiváis (2000) en su libro *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, ofrece importantes elementos para entender el papel de ese autor que analiza y en general de movimiento artístico conocido como “los contemporáneos” en la construcción de un espacio para pensar la sexualidad disidente y otras formas de ser hombre en México. Por su parte, Domínguez Ruvalcaba (2002), aunque no intenta identificar la formación discursiva que permite la aparición de los hombres y las masculinidades como objetos de discurso, aporta a la comprensión de la manera en que el discurso de la sexualidad no heterosexual, hace su aparición y moldea la producción cultural y la modernidad mexicana, y con ello da pistas para entender que el discurso de la homosexualidad es un contrapunto importante al discurso del “macho mexicano”. Núñez, por su parte, en su libro *¿Qué es la diversidad sexual? Reflexiones desde la academia y el movimiento ciudadano* (2011), en donde pasa revista a los procesos socioculturales que permiten la aparición del concepto de “diversidad sexual y de género” en México, menciona que existe un hilo conductor entre los poetas contemporáneos y los autores y activistas que en los años setenta y ochenta hacen posible una reflexión crítica del machismo y del sistema patriarcal (autores como el propio Monsiváis, J. J. Blanco, Luis González de Alba, Nancy Cárdenas) desde la experiencia homosexual de varones y mujeres. Núñez también enfatiza que esta producción y, por lo tanto, este trabajo ensayístico y literario crítico de las ideologías dominantes del sistema sexo-género, no se cir-

cunscribe en la Ciudad de México y que es posible encontrarla en diferentes estados del país.

Para finalizar este sub-apartado, me parece que además de libros y ensayos diversos, en los setenta y ochenta también hay producciones cinematográficas que se atrevieron a elaborar críticas a las ideologías sexistas, a exhibir hombres en papeles poco convencionales (por ejemplo, hablando de “traumas de la infancia”, o “problemas sexuales”) o en roles de pasividad sexual, incluso a mostrarlos por primera vez desnudos frente a la cámara y de espaldas, y con ello también participaron en la construcción de una nueva forma de “mirar” y de “hablar”, esto es, de enunciar a los hombres y su masculinidad, como “objetos de discurso” o “problema”. Me refiero a filmes como *Las pirañas aman en cuaresma* y *El llanto de las tortugas*, de Francisco del Villar, *El lugar sin límites* y *Las apariencias engañan* de Arturo Ripstein, o *Doña Herlinda y su hijo* de Jaime Humberto Hermosillo. Lo mismo podemos decir de la literatura homoerótica de Luis Zapata, Luis Montaña y J. J. Blanco, entre otros. Dos libros de Carlos Monsiváis registran esta perspectiva histórica sobre el discurso de género y la sexualidad que prevaleció en la cultura popular en México en las décadas de los setenta y ochenta, una perspectiva que es al mismo tiempo un signo de su fractura: *Amor perdido* (1977) y *Escenas de pudor y liviandad* (1981) en aquellos años. Considero que esta producción fílmica y literaria allanó el camino para la construcción de un discurso académico de género de los hombres y las masculinidades. Se trata de una afirmación que por supuesto requiere de análisis profundos.

Ahora bien, Carlos Monsiváis, en su reflexión sobre los cambios socio-cognitivos que permiten pensar la emergencia de los estudios de género de los hombres y las masculinidades, incluye otros fenómenos que remiten a una “modernización de las costumbres” y a una transformación de la cultura sexual en general: las divulgaciones freudianas, los manuales de sexología, el incremento de los viajes de mexicanos a Europa y Estados Unidos, el cambio cultural provocado por las oleadas migratorias, así como el feminismo. La modernidad y lo que conlleva de secularización son destacados por este autor como telón de fondo de la aparición de la masculinidad como objeto de discurso en México. El autor lo dice así:

¿Qué ocurre de 1968 a 2004? ¿Cómo se debilitan o cómo ceden las fortalezas tradicionales? ¿A qué atribuir el crecimiento de la tolerancia en asuntos de la moral social? Hay razones diversas (culturales, económicos, políticas, comerciales), pero la causa fundamental de los cambios es la hondura de la secularización (Monsiváis 2004: 104).

El papel de la producción académica sobre homosexualidad y de las luchas socioculturales y políticas en este terreno es sacar del clóset no sólo la diversidad sexual de los varones mexicanos, sino también y no menos relevante, sacar del clóset a la heterosexualidad, esto es, entenderla como una construcción social que participa de manera fundamental, al igual que la homofobia en la construcción de los “hombres” y las “masculinidades”. Carlos Monsiváis lo sugiere así cuando dice: “Despreciar al ‘desenfrenado maricón’ es parte de la estrategia histórica que más que identificar la homosexualidad, como señalan algunos partidarios de la teoría *queer*, construye el paradigma heterosexual” (2004: 105).

Una propuesta comprensiva para entender el surgimiento de los hombres y las masculinidades como objeto de discurso en el saber de género en México

Las reflexiones sobre los orígenes de los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México apuntan a considerar condiciones distales (los estudios o representaciones literarias sobre el “mexicano” y el “macho mexicano” de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX) o proximales (el feminismo y el movimiento LGBTTI y su impacto en la sociedad de los años sesenta, setenta y ochenta). Asimismo, estas reflexiones a veces enfatizan factores cognitivos (una tradición filosófica o ensayística de corte humanista, psicoanalítica, filosófica, antropológica o claramente feminista), factores socioculturales (las transformaciones económicas, sociales y culturales que impactan la vida de los hombres como el desempleo, la incorporación masiva de mujeres a la educación superior o la vida laboral, la píldora anticonceptiva, entre otros) lo que ha traído consigo “una crisis de la masculinidad”, o que surja la “mas-

culinidad” como problema a investigar. El telón de fondo de estas transformaciones lo apunta Monsiváis: la secularización del país, la modernización de las costumbres (Monsiváis, 2004).

A partir del análisis precedente, mi propuesta analítica es que en México existe una historia socio-cognitiva que va haciendo posible la aparición de enunciaciones que van alumbrando los contornos de un “problema”: el de la condición genérica de los varones, de manera paulatina. Se trata de enunciaciones esparcidas en una diversidad de obras literarias, artísticas, ensayísticas, científicas o pseudocientíficas y filmicas. Reconstruir ese proceso socio-histórico que va haciendo posible nuestra capacidad de reflexión sobre los hombres, y “en tanto que hombres” (como dice Gutmann) y de las masculinidades, o de la pertinencia y relevancia de dicha reflexión, requiere abrir la mirada como lo propone Minello incluso hasta autores del siglo XIX como Lizardi u otros; al mismo tiempo, requiere entender que no se trata de una historia lineal en la cual se van acumulando enunciaciones a la categoría “hombre”, sino más bien, de quiebres que posibilitan formas de abordar objetos de discursos completamente novedosos, en el marco de una sociedad que construye sistemas de relaciones e identidades de género, así como esquemas cognitivos para pensar en ellos, también novedosos. Seguramente una investigación de ese tipo, que no esté simplemente atenta a la verdad o falsedad de las enunciaciones, sino a la mayor claridad con la que se delimitan los objetos de discurso, mostrará que hay momentos y obras que marcan puntos de inflexión significativos. Por lo pronto se trata de una tarea que está por emprenderse, aquí sólo he querido llamar su atención a este fenómeno y adelantar un marco epistemológico para hacerlo y proponer una tesis al respecto.

La tesis es la siguiente: es la modernidad, como horizonte cultural que paulatinamente impacta identidades, subjetividades, relaciones y prácticas sociales, de manera heterogénea en la geografía nacional y en los diversos grupos y clases sociales, la que va marcando las condiciones socio-cognitivas para reflexionar sobre los hombres (o por lo menos un sector de ellos), la masculinidad o el machismo, como construcciones socioculturales, y con ello, van creando una tradición de reflexión y proble-

matización más tarde retomada por los estudios de género. Me parece que eso es lo que se expresa precisamente en la obra de Fernández de Lizardi (referida por Minello), *El Periquillo Sarniento*, una obra de crítica de costumbres y supercherías inspiradas desde el discurso de la Ilustración y que pretende influir en la modernización de las costumbres, pero que al hacerlo dibuja una ideal de comportamiento para los hombres y una otredad: el ideal es el del hombre racional del proyecto ilustrado y la otredad es el hombre “del antiguo régimen”, apegado a la tradición religiosa o a la superchería y en general a la “ignorancia”. Esta distinción primera construida sobre el discurso de la modernidad y su subtexto masculino novedoso (como bien menciona Víctor Seidler (2000) en su libro *La sinrazón masculina* contiene un subtexto de clase (y étnico) que será más claramente visualizado en otro momento cumbre del pensamiento “moderno” en México: el positivismo porfirista. Los intelectuales de este periodo hicieron las primeras aportaciones al pensamiento de la mexicanidad o de “el mexicano” (o un sector de ellos, “los mestizos”, “los pelados”, “los delincuentes”) desde planteos filosóficos, psiquiátricos y psicoanalíticos. Es el caso de Ezequiel A. Chávez que escribió el artículo titulado “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter del mexicano” publicado en 1900, o del libro de J. Guerrero titulado *La génesis del crimen en México*, publicado en 1901. Sobre este periodo y producción es interesante el ensayo ya citado de Didier Machillot sobre la historia de los estereotipos mexicanos. Se trata de una producción ensayística que adquiere bríos nuevos en las décadas posteriores en autores como Antonio Caso, Manuel Gamio, José Vasconcelos, Samuel Ramos o Emilio Uranga.

Contrariamente a la afirmación de Minello de que la producción sobre los hombres no tiene en cuenta ni clases, ni etnias, la producción sobre “el mexicano” (aunque a decir de Villegas se da desde una perspectiva ontológica y pocas veces cultural [Villegas 1979]), siempre llega de manera explícita o implícita una referencia a su etnicidad y/o clase, incluso paulatinamente a otros aspectos, como su sexualidad o salud mental, a veces bajo el término eugenésico de “degenerados” (Machillot, 2013), como es el caso de la redada de homosexuales, conocida como la

redada del “baile de los 41”. La tesis es que es a través de la reflexión de la “otredad” u “otredades” que se construye una reflexión sobre los hombres mexicanos y su “hombría”. El texto de Ramos tiene el mérito de pensar sobre los hombres de clase baja (“el peladito”), en su reflexión sobre “el mexicano”, en términos de las concepciones y valores que tienen esos hombres sobre la hombría, su sexualidad e incluso su genitalidad. Si el abordaje no puede entenderse como un “estudio de género de los hombres y las masculinidades”, no es porque no reconozca o aborde el papel de las concepciones socioculturales de la hombría en cuestión, sino porque la delimita en términos de un sector de clase específico, como si hubiera alguien, él por ejemplo, que hablara desde una hombría que está fuera de la construcción socio-cultural del género. Asimismo, porque tampoco estudia esa dimensión relacional con las mujeres y lo femenino.

Aun con estas precisiones queda claro que en el horizonte discursivo van perfilándose paulatinamente discusiones sobre el hombre, la masculinidad o el macho, y que estas discusiones se realizan desde los parámetros ideológicos que tienen ciertos sectores sociales (de clase media y alta y profesionistas) sobre “el problema” que otros varones (“los de la plebe, los mestizos, los afeminados de la redada de los 41, los delincuentes, los pelados”) representan para la construcción de la nación o para la construcción de una sociedad “ordenada”, con costumbres “civilizadas” o “progresistas”. Lo que a estos autores intriga es la forma de ser hombre o la masculinidad “de los otros”: definidos por su etnicidad, su pobreza, su sexualidad, su salud mental, su condición de estar al margen de la ley, o sus maneras vulgares, desordenadas y violentas.

Me parece que el valor histórico de Samuel Ramos en este proceso sociocultural es el haber delimitado con una claridad sin precedentes, con apoyo de una disciplina moderna (el psicoanálisis), que hay un concepto popular de ser hombre, y que ese concepto popular es un “problema” personal, familiar y social, o para usar un enfoque de la época: “nacional”. Esto es, haber abierto las puertas para pensar en términos culturales “el carácter del mexicano”, incluso para pensar al “hombre mexicano” en términos de género. El límite de la aportación de Ramos es que carece de un planteo de género consistente y por lo tanto, “el problema”

queda delimitado en el machismo de sólo un sector de la población: el de los hombres de la clase baja, como si las otras clases o él mismo no fueran sujetos genéricos.

Carlos Monsiváis en su artículo “Crónica de aspectos, aspersiones, cambios, arquetipos y estereotipos de la masculinidad”, publicado en la revista académica *Desacatos* en 2004, destaca esta contribución de Samuel Ramos. Quiero traer a colación aquí dos fragmentos del texto de Ramos, citados por el propio Monsiváis:

Como él [el pelado] es, en efecto, un ser sin contenido substancial, trata de llenar su vacío con el único valor que está a su alcance, el del macho. Este concepto popular del hombre se ha convertido en un prejuicio funesto para todo mexicano (Monsiváis, 2004: 94).

Este otro fragmento nos muestra que Ramos no sólo delimita ese concepto popular sino que además utiliza un marco teórico específico, una disciplina moderna, para describirlo y explicarlo, el psicoanálisis, en boga en la década de los treinta:

Aun cuando el “pelado” mexicano sea completamente desgraciado, se consuela con gritar a todo el mundo que tiene “muchos huevos” (así llama a los testículos). Lo importante es advertir que en este órgano no hace residir solamente una especie de potencia, la sexual, sino toda clase de potencia humana. [...] Citaremos otras de sus expresiones favoritas: “yo soy tu padre”, cuya intención es claramente afirmar el predominio. Es seguro que en nuestras sociedades patriarcales el padre es para todo hombre el símbolo de poder. [...] El falo sugiere al “pelado” la idea de poder. De aquí que ha derivado un concepto muy empobrecido del hombre... [citado por Monsiváis, 2004].

Nos puede desagradar el tufo clasista de la argumentación de Ramos, pero no podemos inadvertir que discurre sobre preocupaciones que nos siguen interesando y con conceptos que nos son cercanos: “concepto de hombre”, “idea de poder”, “falo”, “patriarcado”.

Dos estudios de décadas posteriores, no mencionados por Gutmann, nos hablan de la conformación de un horizonte discursivo del cual van a emerger en los años noventa los estudios de género de los hom-

bres y lo masculino en México. Me refiero en primer lugar al artículo de 1962, escrito por Víctor T. Mendoza, titulado “El machismo en México a través de las canciones, corridos y cantares”, y publicado en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*. El título es interesante porque enlaza dos preocupaciones, la de la etapa anterior, el estudio de lo mexicano, y la nueva, el interés por entender el machismo. Yo no he encontrado en los años previos un estudio que analice el término “machismo” como lo hace el artículo de Mendoza. Creo que su texto nos avisa de los cambios paradigmáticos para hablar de los hombres en México que luego se sucedieron.

Un segundo estudio que también deseo destacar de este periodo es el de Maurice Nelligan. Me refiero al libro publicado en 1981 titulado *La otra cara del machismo*, que alejado de los moralismos de otros tiempos, a través de relatos de vida revela al público amplio que las experiencias homosexuales y bisexuales existen en amplios sectores de la población de varones, que a todas luces son masculinos en sus ocupaciones y en su gestual, y que por lo tanto, éstas no son privativas de los travestis o los hombres “afeminados” identificados por la cultura popular como “jotos”. El título pretende, además de hacer una crítica al machismo, mostrar algo que la sociedad de su época no parece conocer o estar consciente de su existencia, tal vez por la visión estereotipada de los hombres mexicanos construido en las décadas anteriores lo mismo por la filosofía y el llamado Cine de Oro, que por la cultura popular, a saber: que en México se puede “ser macho”, tener apariencia y comportamientos masculinos y tener relaciones sexuales y afectivas con otros varones y con mujeres.

Es en las décadas de los setenta y ochenta donde la tradición de reflexión sobre el machismo mexicano, converge con un discurso feminista, que aunque presente desde los inicios del proyecto moderno como conciencia crítica de sus limitaciones y exclusiones, recobra nuevos bríos socio-políticos y académicos en los años setenta y ochenta. En esta convergencia se dibuja paulatinamente la posibilidad de construir una aproximación de género a los hombres y las masculinidades en México. Un estudio de aquellos años parece ya apuntar a este nuevo campo discursivo, me refiero al de Fernando Chezes Fernández, publicado en 1983, ti-

tulado “¿Qué implica ser bailarín hombre en cuanto a su masculinidad y su feminidad?”, en un libro de Kena Batien (ed.), *La danza y la medicina*. México: CIDD, INBA. El artículo no se interesa ya en revelar o des-
enmascarar el machismo, como los anteriores, un tema que como dice Monsiváis es obligado en México por ser la versión más estentórea de la masculinidad (Monsiváis, 2004: 91), sino que se instala con mesura en el espacio del análisis de una práctica concreta, la danza, y las implicaciones de género de su desempeño.

En este contexto discursivo, académico y artístico, un artículo pe-
riodístico concretiza con claridad este novedoso enfoque de género al es-
tudio de los hombres. Me refiero al artículo publicado en 1989, en el su-
plemento “Doble Jornada”, del periódico *La Jornada*, por Daniel Cazés
Menache y que se titula “Con el feminismo en casa”. Los artículos pu-
blicados por este autor en periódicos a finales de los ochenta y princi-
pios de los noventa, así como la formación del Observatorio de las Mas-
culinidades dan un impulso importante a estos estudios y también a otra
vertiente aparejada: el activismo y la organización social.

Los primeros productos académicos sobre los hombres y las mas-
culinidades desde una perspectiva de género, en los años noventa, son un
reflejo claro de esa diversidad de elementos que constituyen sus posibili-
dades de aparición. Así en los trabajos de De Barbieri (1990) y Lagarde
(1992) encontramos una clara aplicación del feminismo, en los estudios
de Cazés (1993,1994) una confluencia entre el feminismo y los estudios
de los incipientes estudios de las masculinidades publicados en el extran-
jero; en las investigaciones de Gutmann (1996) se dan cita las reflexio-
nes sobre el machismo y la antropología de género; en los artículos de
Herrera, P., de Keijzer, B. y Reyes. E. (1994), Martínez (1994) y Leñero
(1994) atestiguamos un encuentro entre las preocupaciones feministas
sobre la salud mental o la planificación familiar y el interés por los va-
rones, y en Núñez Noriega (1991, 1994) una confluencia entre los estu-
dios sobre la homosexualidad de varones y los estudios feministas (parti-
cularmente en su vertiente *queer*). En los años siguientes la presencia de
financiamientos relacionados con la salud reproductiva y el VIH, darán
un impulso decisivo a la investigación y al desarrollo de este sub-cam-

po académico, sin embargo, es importante dejar en claro, como espero haber mostrado aquí, que este campo discursivo no es un simple reflejo de una agenda académica internacional, ni se construye solamente por la disposición de dinero para realizarlos. Tiene una raigambre más profunda en la sociedad y en el pensamiento en México.

Discusión

Los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México son el resultado de un conjunto de transformaciones socio-cognitivas distales y proximales que van delimitando los conceptos “hombre” y “masculino” como objetos de discurso a analizar. En el sentido más general y distal, el subtexto masculino y racional de la modernidad, permite pensar desde el siglo XIX, a través del ensayo y la literatura, en los “hombres” supersticiosos, “irracionales”, de clases bajas, indígenas, delincuentes u homosexuales, como “problemas” sociales o nacionales. En ese contexto discursivo se van destacando rasgos de hombría “problemáticos”. El “hombre mexicano” y su “machismo”, abordado lo mismo por los ensayos académicos (de corte filosófico, psicológico y psicoanalítico) que por la producción cultural (literatura y cine), especialmente a partir de los años treinta y hasta los años setenta del siglo XX, deben de entenderse como antecedentes socio-cognitivos fundamentales de estos estudios. A partir de los años setenta y ochenta, las reflexiones y el impacto sociocultural del feminismo y el movimiento LGBTTI, permiten insertar estos objetos de discursos (particularmente “el machismo”), en una tradición académica internacional que se abre paso también en México en los espacios universitarios. La secularización del país, la liberación sexual y la influencia de la modernidad norteamericana en los medios de comunicación, acompañan una transformación social y económica de la sociedad mexicana que desestabiliza ideologías, identidades y relaciones de género tradicionales: la incorporación creciente de las mujeres al trabajo remunerado, la escolarización creciente de hombres y mujeres, el desempleo de los varones y la pérdida del poder adquisitivo del salario que dificultan el desempeño de su papel de proveedores, la demanda de las mujeres de equidad en las relaciones familiares. Se trata de transformacio-

nes que desnaturalizan la “hombría” y demandan reflexiones y conocimientos. En ese contexto dan inicio a los estudios de género de los hombres y las masculinidades de manera clara y sistemática a partir de 1990.

En el sentido más general y amplio podríamos decir que los estudios de género de los hombres y las masculinidades son herederos de la modernidad en tres sentidos fundamentales: primero, en la medida en que desde la modernidad de las disciplinas decimonónicas y de inicios del siglo XX se construye un discurso sobre los “otros” hombres (“al margen” del proyecto moderno); segundo, en la medida en que otra vertiente de la modernidad, la reflexión feminista (y LGBTTI), construye una argumentación teórico-conceptual sobre la inequidad del proyecto moderno y produce transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que impactan la vida de los hombres, y tercero, porque la fase de la modernidad reflexiva permite tomar como objeto de análisis, desde las herramientas feministas y de género, las instituciones y los lugares sociales del privilegio masculino (y sus consecuencias en la propia salud y vida de hombres y mujeres) que antes eran subsumidos en un genérico “los hombres”, o en problematizaciones insuficientes sobre “el machismo mexicano”.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2001). *La science de la science et la réflexivité*. París: Raisons d’Agir.
- Cazés, D. (1993). *Normas del hombre verdadero en Kafka y Sartre: pasos de una metodología y elementos para asumir una masculinidad crítica*. México: Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas.
- Cazés, D. (1994). La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado. En: Consejo Nacional de Población, *Antología de la sexualidad humana*. México: Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Cazés, D. (2002). Un trabajo entre hombres en América Latina. Investigación y práctica; resultados y experiencias. En: *OMNIA 41* (17-18), pp. 111-120.
- Chezes, F. (1983). ¿Qué implica ser bailarín hombre en cuanto a su masculinidad y feminidad? En: K. Batién (ed.), *La danza y la medicina. Primer Coloquio Nacional 1983*. México: CIDD, INBA.
- Collin, L. (2007). Masculinidades diversas, aportes para su clasificación. En: M.L. Jiménez Guzmán; O. Tena Guerrero (coord.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México: PyV Editores.

- De Barbieri, T. (1990). Sobre géneros, prácticas y valores: notas acerca de posibles erusiones del machismo en México. En: J. M. Ramírez Sáiz (coord.), *Normas y prácticas morales cívicas en la vida cotidiana*. México. D.F: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Porrúa.
- De Keijzer, B. (1998). “La masculinidad como factor de riesgo: Masculinidad, salud mental y salud reproductiva”, en E. Tuñón, *Género y salud en el sureste de México*. Villahermosa: ECOSUR/U. A. de Tabasco.
- De Keijzer, B. (1998). La masculinidad como factor de riesgo, en E. Tuñón, *Género y salud en el Sureste de México*. Villahermosa: ECOSUR/U. A. de Tabasco.
- Domínguez Ruvalcaba, Héctor. (2002). *Modernidad abyecta. La formación del discurso homosexual en Latinoamérica*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.
- Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- Gros, F. (1996). *Michel Foucault*. París: Que sais-je? Presses Uniersitaires de France.
- Guerrero, J. (1901). *La génesis del crimen en México*. México: CONACULTA.
- Gutmann, M. C. (1995). Los hijos de Lewis: La sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos. En: *Alteridades* 7, pp. 9-19.
- Gutmann, M. C. (1996). *The meanings of being a macho: being a man in México City*. California, Estados Unidos: The Regents of University of California.
- Gutmann, M. C. (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho ni mandilón*. México, D.F: Colegio de México.
- Hernández, O. M. (2008). Debates y aportes en los estudios sobre las masculinidades en México. En: *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 116 (29), pp. 231-253.
- Herrera, P.; de Keijzer, B. y Reyes. E. (1994). Salud mental y géneros: una experiencia de educación popular en salud con hombres y mujeres. En: Pérez-Gil, S. *et al.* (coords.), *Género y salud femenina: experiencias de investigación en México*. México: CIESAS, U. de G. y INNSZ.
- Hurtado, G. (2007). *El búho y la serpiente. Ensayos sobre la filosofía en México en el siglo XX*. México: UNAM.
- Jiménez, M. L. (2003). Masculinidad/es desde el enfoque de género. Su construcción social y sus transformaciones. En: *Revista Géneros*, 29, pp. 65-69.
- Kaufman, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: T. Valdés; J. Olavaria (ed.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Chile: Isis Internacional/Flasco. Ediciones de las Mujeres, número 24.
- Lagarde, M. (1992). “Identidad de género”, en Cuadernos de Trabajo. Managua: Cenzontle.
- Leñero, L. (1994). Los varones mexicanos ante la planificación familiar. En: *GénEros* 4, pp. 45-47.

- Machillot, D. (2013). *Machos y machistas. Historia de los estereotipos mexicanos*. México: Ariel.
- Martínez, S. G. (1994). Masculinidad, feminidad y salud mental. En: *Géneros* 4, pp. 85-90.
- Mendoza, Víctor T. (1962). El machismo a través de las canciones, corridos y cantares. En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 3, pp. 75-86.
- Minello, N. (1999). *A modo de silabario. Para leer a Michel Foucault. Selección y notas de Nelson Minello Martini*. México: Jornadas 127. El Colegio de México.
- Minello, N. (2002). Masculinidad/es: es un concepto en construcción. En: *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 61, (18).
- Monsiváis, C. (2000). *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*. México: Editorial Era.
- Monsiváis, C. (2004). Crónica de aspectos, aspersiones, cambios, arquetipos y estereotipos de la masculinidad. En: *Desacatos* 16, pp.15-16.
- Monsiváis, Carlos. (1977). *Amor perdido*. México: Editorial Era.
- Monsiváis, Carlos. (1981). *Escenas de pudor y liviandad*. México: Editorial Era.
- Núñez, G. (1991). "Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual." Tesis de licenciatura en sociología. Universidad de Sonora.
- Núñez, G. (1994). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Universidad de Sonora y Colegio de Sonora.
- Núñez, G. (2001). Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismo en México. En: *Desacatos*, 6, pp. 15-34.
- Núñez, G. (2007). *Masculinidad e intimidad. Identidad, sexualidad y sida*. México: El Colegio de Sonora, PUEG-UNAM, y Miguel Ángel Porrúa.
- Núñez, G. (2010). Reflexiones para una mesa de diálogo que apenas empieza: Feminismo y estudios de género de los hombres. En: *Géneros* 6, pp. 35-53.
- Núñez, G. (2011). *¿Qué es la diversidad sexual? Reflexiones desde la academia y el movimiento ciudadano*. Quito: CIAD, A.C. y Universidad Politécnica Salesiana-Abya Yala.
- Núñez, G. (2015, septiembre). Características de los estudios de género de los hombres y las masculinidades en México 1990-2015. Conferencia presentada en el Congreso de la Academia Mexicana de Estudios de Género de los Hombres, A.C., Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel Centro Histórico. Ciudad de México, México.
- Paz, O. (1950). *El laberinto de la soledad*. México: Cuadernos Americanos.
- Ramos, S. (1934). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México: Colección Austral.
- Rivas, E. (2006). ¿La masculinidad como factor de riesgo? Crítica a los estereotipos académicos sobre el machismo desde el construccionismo social. En: *Disidencia sexual e identidades sexuales y genéricas*. Consejo Nacional para prevenir la discriminación, México, D.F.
- Seidler, V. (2000). *La sinrazón masculina: masculinidad y teoría social*. México: Paidós.

Stern, S. (1995). *The secret history of gender: women, men and power in late colonial Mexico*. Estados Unidos de América: University of North Carolina Press.

Villegas, A. (1979). *La filosofía de lo mexicano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Prensa

“Con el feminismo en casa”, en *La Jornada*, “Doble Jornada”, México 1989.

Amuchástegui, A. (2001). *La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación en el trabajo sobre hombres y masculinidades en México*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.

Guillermo Núñez Noriega

Mexicano. Posdoctorado en género, generaciones y desarrollo, por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Investigador titular “D”, SNI, nivel II. Centro de Investigaciones en Alimentación y Desarrollo A.C. Líneas de investigación: género, diversidad sexual y etnicidad.

Correo electrónico: gnunez@ciad.mx

Recepción: 15/09/15
Aprobación: 08/01/16